

Buenas noches,

Cuando hace muy pocos días recibí el libro de Hugo Neira sobre “*El Mundo Mesoamericano y el Mundo Andino*”, con el encargo de comentarlo, inmediatamente se me vino a la mente un símil: era como recibir una de las joyas más preciadas del mundo, un huevo de Fabergé, lo cual es un honor, pero con el enorme reto no solo de abrirlo para encontrar una sorpresa magnífica, sino para desentrañar el misterio de su complicada artesanía y de los impresionantes materiales utilizados.

¿Qué habría empleado Hugo para construir su nuevo libro, acaso los tradicionales oro, plata y acero de ensayos anteriores? ¿O tal vez habría recurrido —como Carl Gustav Fabergé— a materiales más extraordinarios como el cristal de ágata, la aventurina, la jadeíta o el abedul de Karelia?

A lo largo de las 478 páginas de su trabajo, finalmente descubrí que Hugo Neira, en su condición de ser uno de los últimos enciclopedistas de nuestro país, había echado mano a todos los elementos posibles de la historiografía, la etnografía y la sociología. Pero lo ha hecho con método riguroso: Desde la presentación resumida en la solapa del libro, afirma como principio que su propósito es hacer “No solo historia, la explicación de lo que ocurrió en el pasado, sino *Geschichte*, ni la lengua inglesa, ni la francesa, ni la castellana poseen este concepto. Quiere decir que a la par que se explica los hechos de la historia se aborda a los historiadores”.

Efectivamente, la *Geschichte* no puede traducirse solo como historia, el término proviene del proto germánico *Skehana*, y es llevado al Hochdeustch, el alemán unificador de los dialectos pluricéntricos, para **definir el recuento de los eventos, la interpretación de la lucha de una realidad pasada, a través de quien la acopia**. Además, para entender este concepto tan complejo también es indispensable entender el *Volksgeist* hegeliano, es decir el espíritu de la época en la que se produjeron los hechos estudiados, y el espíritu del que funge como historiador para advertir sus desviaciones interpretativas.

En consecuencia, Neira, claramente desprecia tanto la ideologización forzada del pasado, cuanto la narración exacerbada de las huellas del futuro como pretendía el mítico y exacerbado Herodoto. Prefiere, en cambio, la razón crítica porque es la garantía para que se cumpla su premisa: “El historiador debe ser modesto”, debe atenerse a la *res gestae*, a lo sucedido (pág. 43). Así, por ejemplo, se mofa de algo que los académicos críticos sabemos, aunque la pésima enseñanza de la historia en el Perú lo ignore, y es que en un vano intento de sintetizar la llegada y conquista de los europeos a América, muchos ignorantes prefieren llamar a algo tan complejo en el siglo XVI con un nombre sencillo, “España” (pág. 44).

Luego, a partir de la comprobación empírica, base irremplazable de la ciencia, y apoyado en las investigaciones de autores múltiples y totalmente disímiles entre sí — como Thomas Calvo, Guy Martinière, Consuelo Varela y el recurrente Nathan Wachtel— Hugo Neira nos plantea que Aztecas e Incas eran civilizaciones con una larga historia, de por lo menos 2 millones de años de evolución, que sí estaban aisladas de eso que se llama el Mundo Antiguo, pero que su proceso fue rico y paradójico en experiencias. Que por ejemplo, nuestros antepasados en esta parte del globo pagaron las consecuencias de no tener animales de tiro porque durante su etapa de errancia y de

caza depredadora se comieron a los caballos paleolíticos en vez de domesticarlos hasta que, paradójicamente, fueron apabullados militarmente por los europeos montados en sus briosas cabalgaduras.

Sin embargo, el autor nos aclara algo sabido pero poco esclarecido, que, por ejemplo Machu Picchu fue el equivalente a un Tíbet antiguo y que las alturas de la puna no son una calamidad, sino que su frío es una ventaja para la construcción del *logos* incaico y la preservación de su *stock* alimentario; es decir para la estructuración no de un imperio (término extrapolado e impuesto por eurocentrismo, lo mismo que la farsesca presunción de los cuatro suyos), sino de una *pax incaica* sustentada en una organización de nobleza endogámica, desdoblada verticalmente desde los hatun runas, curacas, tucuyricuys, quipucamayocs, mitmakunas hasta finalmente, los desleales yanas.

Más aún, Hugo Neira —siguiendo los pasos de su maestro Raúl Porras y de la admirable María Rostworowski— por momentos remece al lector de su obra como un extirpador de idolatrías históricas. Por ejemplo, desmitifica el supuesto del buen salvaje al recordar el consejo que le da Atahualpa a Pizarro en Cajamarca poco antes de su muerte, “*si quieres mandar sobre un millón de indios, mata a otro millón de indios*”. Desmitifica también la paz y la armonía paradisiaca al recordar que los incas no eran piadosos porque —como dice Favre— a los reyes vencidos “los llevaban a la capital, los tiraban a los pies del inca, los decapitaban y con el cráneo del vencido hacían copas para beber chicha y con la piel, tambores, y con los huesos flautas” (pág. 83). Y nos devuelve la realidad de un pueblo salvajemente religioso, como lo demuestra la práctica de la capacocha, o sacrificio ritual de pares de niños y niñas. Neira concluye, en concordancia, “¿Y a este sistema le han llamado durante decenios socialista?” (pág. 85).

Inquieto y furioso Hugo Neira se comporta sin la diletancia y el romanticismo de su escuela francesa, sino que apela a mi escuela germánica en búsqueda del **Orden** (o de ese *ordnung*) intelectual que le permite reencontrarse con el racionalismo Kantiano al que antes veía con recelo, para proponernos una comprensión integral de lo acontecido con el mundo mesoamericano y el mundo andino. Impulsado por Murra, Pease, Mariátegui, Cotler, Degregori, entre otros, arremete contra las fábulas de Garcilaso de la Vega, rescata el lado no converso al cristianismo de Guamán Poma, y asevera aquello en lo que coincidimos: “Es difícil hallar una descripción equilibrada sobre los incas”. Más aún, añade una crítica frontal contra la manipulación en torno al inexistente ‘socialismo’ incaico diciendo vigorosamente: “Sin embargo, se sigue repitiendo los consabidos estereotipos, su ‘socialismo’, por ejemplo. El catedrático que los cuestione en las distinguidas y bizantinas universidades, arriesga el descrédito. El tema se ha vuelto tabú. Faltos de utopía, una rama de la intelectualidad ha inventado a los peruanos un paraíso perdido. Y al no entender el ayer no se entiende ni conquista ni colonia ni independencia ni lo que somos. Y entonces, los feroces mitos regresan bajo otras máscaras, vuelven los curacas en la vida contemporánea, en las provincias mediante algún éxito en urnas, no para representar sino sumarse al poder y corte limeña. Los ciudadanos que no han tenido cursos de historia —y son legión— repiten cada cinco años la búsqueda de un tirano a la vez democrático. (...) nuestros museos no son exposiciones científicas como en países más cuerdos, sino templos a una ilusión colectiva” (pp. 102-103).

No coincido mayormente con Hugo Neira cuando minusvalora la importancia de la “cosmovisión” trabajada por los historiadores. La *Weltanschauung*, así como el *corsi et*

*ricorsi* de la historia nacional fueron tesis que defendí en 1986 y que me valieron el Premio Rey de España. Pero ahora ese es un tema menor, porque lo que sí suscribo con entusiasmo en su proclama —que hago mía y que muchos debiéramos enarbolar—, es lo siguiente: “Hay, en cambio teologías indecentes atrapadas en milenarismos. Nuestros marxistas son tridentistas como los herederos episcopales de la Contrarreforma. Vivimos en sociedades que no logran pensar el pluralismo político porque fuera del modelo confesional que ha marcado el catolicismo de las clases altas, los hijos de familias ricas formados en colegios privados de curas reproducen nuevas formas eclesiológicas del pensar, algunas de las cuales tienen la pretensión de tomarse como revolucionarias. ¿Cómo puede haber izquierdas modernas si desconocemos la secularización del Estado y de los individuos? Pág. 103 (...) Los incas, si vivieran hoy, nos reprocharían no tener repletas nuestras universidades repletas de futuros sabios en biología, ellos que inventaron especies animales y vegetales. Y estudiantes por millares en ciencias físicas y químicas. Y en genética. ¿Acaso al Perú bizantino, desde los días coloniales le repugna esas disciplinas que llevan al riesgoso campo de lo preciso? Mirándolo bien, la modernidad en materia de arquitectura y muchos signos va de lo complejo a lo sencillo. Los muebles modernos son cada día más sobrios. Como la forma de vestir. Y los inmuebles también. Más simétricos de las megalópolis del planeta. El mundo se vuelve incásico. Es decir racional. Pero no en Lima, con nuevas murallas (invisibles) de las que trata Max Hernández, que no son las mismas que tuvo en sus días virreinales. Son otras, peores, pero invisibles. ¿Capital? Es un principado, como Mónaco, lleno también de casinos y de juegos. Uno de ellos, catastrófica ruleta, se llama palacio de gobierno. La ruleta del poder, del que tiene los dados cargados, puede caer en las manos de cualquiera. Realmente de cualquiera” (pág. 107).

En este punto quiero confesar algo que me inquieta: desde el año 2004, cuando comencé a enseñar en el Doctorado de Ciencia política de esta Universidad, Ricardo Palma, he acariciado la intención de enseñar el análisis político desde la aplicación de la Matemática Matricial. Llegué a hacer un brevísimo seminario y con poco éxito sobre la relación de la política con la Física Cuántica, pero con espanto he reconocido que nuestro medio académico aun no está preparado mayoritariamente para el ejercicio de la ciencia. La programación algorítmica es algo que las ciencias sociales relegan a los ingenieros de sistemas, la *Mathesis Universalis* de Descartes es un arcano del que apenas se tiene referencia. Por eso, cuando veo en la obra de Hugo Neira una protesta contra el privilegiamiento de las ideas teológico-ideológicas en el tiempo presente a costa de sacrificar el justo orden cognitivo de la historia (pág. 266); o cuando compruebo que tiene razón al evocar la “**liturgia de la sumisión**” que demuestra Pierre Legendre en “*El amor del censor, ensayo sobre el orden dogmático*”, “*L’amour du censeur, essai sur l’ordre dogmatique*”, no puedo menos que aplaudir sin reservas el ensayo de mi tocayo Neira y su manera volteriana de exprimir a nuestra superflua intelectualidad hasta que salte la pua de su farsesca interpretación histórica de nuestra identidad mesoamericana y andina. Más todavía, me entusiasma que Neira denuncie, a manera de un Manifiesto la forma sibilina de yuxtaponer, superponer, confundir nuestra esencia ancestral para crear una falaz explicación de lo que somos hoy, como república cuasi fallida, pero al mismo tiempo como un estado nación que se resiste a desaparecer ante los avances avasalladores de la globalización gracias a sus recursos de la *cholificación*.

Es imposible comentar toda la obra de Hugo Neira en tan poco tiempo, y me refiero solo a este libro y no a toda su construcción intelectual que llena varios anaqueles y que

podría llenar la cabeza de varios pseudo intelectuales limeños. Pero no puedo concluir esta presentación sin referirme brevemente a un par de aspectos adicionales. Primero, cuando narra la salida de la colonia (pág. 405 y ss.) hace suya la sorpresa mexicana del recambio del poder en la Metrópoli, cuando Napoleón sustituye a Carlos IV en 1808, para luego concluir en una de sus tesis anteriores, respecto a que hubo varias independencias y que la salida de la colonia en el Perú no se organizó desde dentro. Por lo tanto, “la república no fue un tajo”, la colonialidad se prolongó y, quizá hasta continúe hoy mismo dentro de la etiqueta republicana.

Segundo, me alegra muchísimo que Hugo Neira haya conseguido con este libro hacernos reflexionar “no desde los acontecimientos, sino desde la *Geschichte*, la historia de la historia” (pág. 406) para hacernos entender —como diría Marc Bloch en 1944— que “toda historia es historia del presente”; que “La conquista fue lo que fue, porque murieron los dioses. No el fin de un régimen, de una sociedad, de un tiempo, sino el fin del mundo. El equivalente al Armagedón de los judíos...”; y que el indio “En los tiempos contemporáneos creará en algo concreto, su comunidad, su familia extensa, en la red de sociabilidad consanguínea o laboral o en sí mismo. Son cristianos a medias y a medias paganos. Creen y descreen a la vez. Como los curanderos que mezclan conjuros antiguos y rezos cristianos, por eso el reino del Perú no es el de la fidelidad” (pág. 59).

Queridos amigos, así como comencé con la parábola de los huevos de Fabergé, quisiera concluir con esta disquisición: en 1976, apenas publicada, leí la obra historiográfica del italiano Carlo Ginzburg titulada “*Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del’ 500*” – traducida como “*El queso y los gusanos: el cosmos de un molinero del siglo XVI*”). En ella reconstruye la vida de Menocchio, el molinero humilde que es obligado a pasar por el tribunal de la Inquisición por negar que Dios hubiera construido el mundo porque creía que éste se había generado a partir de un caos primigenio, del que habrían surgido Dios y los ángeles, como los gusanos del queso.

Gracias a Hugo Neira, hoy esos falsos intelectuales que tanto abundan entre nosotros, deberían pasar por una anti Inquisición por persistir engañándonos con sus dogmas, prejuicios y subalternos intereses. Es decir, por persistir en la idea de un Perú y, seguramente un México, imaginario, idealizado y desfigurado que nos hace daño al perpetuar una farsa que da sustento a sistemas políticos en los que solo las élites se benefician a costa de la ignorancia del pueblo engañado.

Muchas gracias.

Dr Hugo GUERRA  
Universidad Ricardo Palma

Noviembre 2016